

La Biblia

Definición

El título “Biblia”. El vocablo “biblion” en el griego helenístico significaba “un libro” (bien que originalmente era un diminutivo), y “biblia”, el número plural de “biblion”, llegó a aplicarse a la colección de libros reconocidos como partes integrantes de las Sagradas Escrituras. Pasando el tiempo, los cristianos, frente a la manifiesta unidad de la revelación escrita y olvidándose de la gramática, empleaban “biblia” como sustantivo femenino singular, de donde viene el término LA BIBLIA. Sin embargo, es importante recordar que LA BIBLIA constituye una pluralidad de “libros”, formando una divina biblioteca. Cuando se trata de la exégesis, la exacta interpretación de la Biblia, hemos de tener en cuenta tanto la unidad del Libro en su totalidad como las características especiales de cada uno de sus componentes. Mucho de lo expuesto en el estudio anterior tiene que ver con la Biblia, y no necesita repetirse. Para el creyente fiel la Biblia es la Palabra de Dios escrita, el perfecto engaste de la joya céntrica: la figura divina y humana del Verbo de Dios encarnado. Conjuntamente forman la sustancia y la cúspide de la revelación que Dios ha dado a los hombres por el método, ya estudiado, de la inspiración.

La Palabra de Dios escrita

1. ¿Es posible probar que la Biblia es la Palabra de Dios?

Desde luego, al declarar que cierta colección de libros, que surgieron de las experiencias de Israel primeramente y luego de la Iglesia del primer siglo, constituye “la Palabra de Dios escrita”, hemos de esperar que alguien diga: “¿Cómo podéis saber eso? ¿En qué se diferencia la Biblia de los escritos sagrados de la India, Persia, del Corán, etc.?” Si citamos versículos de la Biblia misma, como aquellos que ya hemos estudiado en el capítulo anterior, el contrincante puede decir: “No podemos fiarnos del testimonio que la Biblia da de sí misma, pues equivaldría, por ejemplo, a aceptar la pretensión de cualquier ciudadano de ser médico. En tal caso exigiríamos el testimonio de otros, y la presentación de documentos fidedignos. De igual modo queremos saber cómo podemos aceptar la “inspiración” de la Biblia por textos de prueba sacados del Libro mismo”.

Para personas que no hayan experimentado la potencia divina de la Biblia, estas objeciones son legítimas, y debiéramos poder explicar nuestra fe en esta parte.

2. El testimonio interno de las Escrituras

Si el Espíritu Santo nos dio la Biblia por los medios que hemos examinado en el estudio anterior, el mismo Espíritu es capaz de llevar al corazón del lector humilde (que de veras busca a Dios en la Palabra) la convicción de que existe una diferencia esencial entre la sustancia de la Biblia y la de cualquier otro libro, por valioso que éste sea dentro de su propio cometido. “Arden los corazones” de quienes meditan en la Biblia con oración, prestos a oír lo que Dios les ha de decir, y se producen marcados cambios en su vida. Esto no es “la fe del carbonero”, sino el reconocimiento de un valor espiritual único. No toda la Biblia es fácil de comprender, y no todos los pasajes nos proveen de la misma clase de alimento espiritual, pero el estudiante de las Escrituras, que adopta la actitud que hemos notado, llegará a comprender que existe un propósito divino en todas las partes de la Biblia, percibiendo su unidad esencial pese a que se escribió a través de casi un milenio y medio, por muchos autores humanos, impulsados por diversas razones y en

circunstancias muy diferentes. Este principio se subraya en la mejor traducción de **(1 Co 2:13)** que es la siguiente: *“Enseña el Espíritu acomodando lo espiritual a lo espiritual”*.

3. Se comprende la autoridad de la Biblia por medio del Verbo encarnado

No hemos de conceptuar las Sagradas Escrituras como una línea horizontal, que empieza con el libro de Génesis y termina con el Apocalipsis, sino más bien como una esfera de revelación de la cual Cristo es el Centro. Pensemos en un círculo, en el que la curvatura de todos los segmentos de la circunferencia se determina en relación con el centro.

El que se acerca a la Biblia sin nociones previas sobre su inspiración, debiera estudiar en primer término los Evangelios. Ya hemos visto que estos maravillosos documentos son históricos, basados sobre el testimonio de buenísimos testigos. Nosotros reconocemos el auxilio del Espíritu Santo en su redacción, pero, frente al amigo que pregunta, podemos dejar esta convicción a un lado por el momento para recalcar la evidencia de **(Lc 1:1-4)**. El libro de Los Hechos (Lucas es el autor) constituye la prueba irrefutable de que Lucas era el historiador más concienzudo y exacto de la antigüedad, y no lo sería menos al redactar su Evangelio. Las coincidencias entre Lucas y los demás Evangelios en todo lo esencial nos convencen del carácter también histórico de Mateo, Marcos y Juan. Todos los Evangelios presentan al mismo Protagonista, reconocidamente el mismo Señor Jesucristo en todos ellos. Una persona que medite sobre este hecho con mente abierta, y con algunos conocimientos literarios e históricos, comprenderá que el milagro de que cuatro hombres creasen al mismo Personaje constituiría un fenómeno extraordinario en la esfera literaria. Es mucho más fácil reconocer la veracidad del “retrato” repetido cuatro veces, aun cuando abarca los altos misterios de la Persona del Dios-Hombre, que el admitir la posibilidad de este inaudito fenómeno literario. En otros estudios veremos lo que los Evangelios revelan de él, pero aquí anticipamos el resultado: la evidencia de estos escritos históricos nos convence de que Jesucristo es el Dios-Hombre, el Verbo de Dios encarnado, revestido de plena autoridad en todo, omnisciente por ser Dios y manifestando la misma esencia de la sabiduría divina. De nuevo pensamos en **(He 1:1)** *“Dios ha hablado por medio de su Hijo”*.

He aquí el centro del círculo de la revelación. No hemos de luchar en primer término para solucionar todos los problemas de los comienzos del libro de Génesis, sino reconocer que hay una cuádruple evidencia válida que afirma la manifestación de Dios en carne. Cristo puso el sello de su divina autoridad sobre todas las partes del Antiguo Testamento reconocido por los judíos, que coinciden con los libros del Antiguo Testamento que conocemos, y aceptamos la autoridad e inspiración de ellas porque nos corresponde aprender del Verbo encarnado, postrándonos a sus pies como discípulos. Existe, pues, una prueba “objetiva” en cuanto a la inspiración del Antiguo Testamento, que luego se confirma por el testimonio interno que hemos notado brevemente en el párrafo anterior. Es conveniente volver a leer el estudio anterior con el fin de ver cómo el Verbo encarnado autorizó de antemano el testimonio apostólico que hallamos en el Nuevo Testamento.

El propósito de la Palabra de Dios

I. La revelación que Dios da de sí mismo

Para completar este estudio, reiteramos el concepto que se explayó en el primer estudio: es imposible que el hombre, por medio de investigaciones en la esfera material, o por razones filosóficas basadas sobre postulados variables e inseguros, llegue a conocer al Creador. Es éste quien toma la iniciativa, descorriendo el velo que le encubre y dándose a conocer por los medios que hemos estudiado. La primera finalidad de la Biblia, pues, es la de revelar a Dios.

2. La Biblia da a conocer el Plan de la Redención

En el tercer capítulo de Génesis se narra la Caída del hombre, y, aparte de unos versículos del capítulo segundo muy importantes que revelan lo que el hombre habría podido ser como hecho a imagen y semejanza de Dios en su inocencia, se le ve siempre como un ser dotado de maravillosas posibilidades que se han tergiversado por la poderosa influencia negativa del pecado. Sin embargo, los medios para vencer el mal fueron provistos por la gracia de Dios antes de la fundación del mundo, formulándose el propósito de la redención del hombre por medio del Hijo encarnado. La culminación de la Obra había de realizarse históricamente en el monte del Calvario en el año 30 de nuestra era, pero un propósito de Dios tiene ya la consistencia de un hecho real, de modo que había provisión para la redención del hombre aun antes de caer éste en el pecado que le enajenó de la vida de Dios (**He 9:26**) (**2 Ti 1:9-10**) (**1 P 1:18-21**) (**Ap 13:8**). Esta historia de la redención se explaya a través de las etapas siguientes: a) el propósito divino que se centra en el Hijo; b) anticipos, figuras y profecías presentados en el Antiguo Testamento; c) la realización histórica de la Obra en los Evangelios; d) la explicación doctrinal de la Obra en las Epístolas; e) el triunfo final del Cordero en el Apocalipsis.

3. La Biblia orienta al hombre fiel en todos los aspectos de su vida

Pablo asegura que las Sagradas Escrituras son útiles *“para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia”* con el fin de conseguir la madurez espiritual del *“hombre de Dios”* (**2 Ti 3:16-17**). Pedro afirma que la palabra profética es como la luz de una lámpara que ilumina los lugares oscuros del mundo entenebrecido por el pecado. Miles de pasajes, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, echan luz sobre el camino del hombre justo, enseñándole de qué modo le es posible caminar con Dios. Y todo ello sin mojigaterías, ni puritanismos, ni ascetismos, sino cara a cara con la vida real del hombre caído desenvolviéndose en un mundo que *“yace en el maligno”*. Los humanistas procuran hallar *“un sustituto para Dios”* con el fin de mantener normas éticas sin la fe y sin la Biblia, pero muchos confiesan el fracaso de los intentos de conseguir una moralidad viable sin Dios y sin la luz de la revelación.

4. Lo que no se propone hacer la Biblia

La Biblia habla de la creación, pero no es un libro científico, ya que sólo roza este tema en relación con las finalidades que hemos señalado. Tampoco es un libro histórico según los postulados de la investigación histórica de nuestros tiempos, bien que contiene mucha historia basada sobre las mejores evidencias posibles. Existe la peregrina idea en la mente de algunos de que lo que contiene la Biblia es *“algo religioso”*, divorciado de la historia, siendo de mucha más importancia los datos extrabíblicos. Las investigaciones arqueológicas recientes han confirmado el valor de las afirmaciones de la Biblia por encima de las demás fuentes, tantas veces contaminadas éstas por el intento de los grandes personajes históricos de engrandecerse a sí mismos por medio de las crónicas. La Biblia siempre dice la verdad, hasta el punto de descubrir los fallos de los grandes personajes bíblicos que se destacan en sus páginas.

Estas consideraciones son muy importantes cuando se trata de llegar a la recta exégesis del texto sagrado, siendo necesario respetar los silencios de la Biblia, ya que la Palabra de Dios cumple sus sublimes propósitos sin esforzarse por anticipar la labor que científicos e historiadores habían de realizar cuando llegara la hora del desarrollo técnico necesario para aquella precisión en la clasificación y comprensión de los datos fundamentales indispensables para el desarrollo de las distintas disciplinas. Con todo, si comprendemos bien los hechos científicos probados, haciendo la debida distinción entre ellos y las teorías e hipótesis que se están modificando siempre, y si intentamos entender exactamente el lenguaje bíblico, no hallaremos contradicciones, ya que los hechos son los

hechos y Dios es el Creador de todo lo que se halla en el mundo material. También es Dios quien dirige el proceso histórico por su providencia.

El lenguaje de la Biblia

1. La transmisión y traducción de los textos originales

Si nos paramos a meditar un poco, comprenderemos que la Biblia que manejamos en español es una traducción, y que tales versiones dependen de la labor de especialistas trabajando sobre el original, que es el hebreo, con contados pasajes en arameo, en el Antiguo Testamento y el griego helenístico en el Nuevo Testamento. La versión Reina-Valera tuvo por base el Textus Receptus, que es una recopilación de los mejores textos que surgieron al copiarse a mano los autógrafos de los autores inspirados. De hecho las variantes debidas a tanto copiar antes de la invención de la imprenta, aun siendo numerosas, tienen muy poca importancia en cuanto a la comprensión del mensaje bíblico, ya que la Providencia divina cuidó de todo el complicado proceso de la transmisión y conservación de los textos originales. La crítica textual, que no ha de confundirse con la crítica destructiva de ciertas escuelas de eruditos, ha podido trabajar, durante siglo y medio, sobre importantes textos del hebreo y del griego descubiertos por los arqueólogos en Egipto, en otras tierras bíblicas, como también en diversas bibliotecas, que nos acercan mucho más a los originales tales como se escribieron por los siervos de Dios. Una vez establecido el mejor texto, el que más se acerque a los originales, llega a ser necesaria la labor de traducción, y debiéramos estar agradecidos a los eruditos que se esfuerzan con el fin de que tengamos versiones que nos den una idea lo más precisa posible de los originales hebreos y griegos. No hay ninguna traducción perfecta, ni ninguna que se revista de una autoridad final, ya que es imposible verter todo el valor del original en otro idioma. Lo mejor es emplear varias versiones buenas, comparándolas entre sí.

2. Géneros y lenguaje

Todo el mundo puede ver que el libro de Salmos es poético, mientras que Reyes es histórico, Isaías profético y Romanos epistolar, etc. Habiendo esta gran riqueza de géneros literarios en la biblioteca divina, se comprende fácilmente que las características de cada género han de tomarse en cuenta cuando estudiamos distintos pasajes con el fin de llegar a una recta interpretación del texto. Por ejemplo, el estilo poético admite toda una gama de expresiones figuradas que no son propias de un libro histórico.

Dios no formuló un lenguaje especial de revelación, sino que obraba por su Espíritu por medio de los instrumentos humanos que había escogido. Ya hemos visto que éstos eran muy distintos en su personalidad y preparación, reflejándose estas diferencias en sus escritos, ya que el proceso de inspiración es vital, y no mecánico. De forma análoga hemos de comprender que cada uno vivía en su siglo y en su medio social e intelectual, valiéndose del lenguaje que conocía, e ilustrando los conceptos de su mensaje por medio de lo conocido en la civilización contemporánea. Por eso tenemos que recordar no sólo el propósito de cada libro, con las circunstancias de su redacción, sino también el modo de expresarse que se usaba en el medio ambiente de aquel tiempo y lugar. Por ejemplo, cuando leemos en **(Lc 2:1)** que *“en aquellos días... se promulgó un edicto de parte de Augusto César que todo el mundo fuese empadronado”*, tenemos que entender la frase *“todo el mundo”* en relación con el Imperio Romano en aquellos días, comprendiendo que abarcaba los súbditos del César, fuesen de las provincias gobernadas directamente por Roma, fuese de los reinos, como Palestina entonces, que se habían sometido al poder

imperial. No quiere decir que indios y chinos fuesen empadronados, porque no cabe esta idea dentro de las condiciones que determinaba la redacción de Lucas.

3. Expresiones antropomórficas

Es muy difícil hallar palabras adecuadas en nuestros idiomas que sean vehículos para la comprensión de la revelación de Dios y de sus obras frente a los hombres. Tenemos que recordar siempre que Dios es Eterno e Infinito, mientras que la criatura a quien habla es finita y limitada, dotada de inteligencia, sí, pero con sus facultades de comprensión y raciocinio entenebrecidas por el pecado. Ideas abstractas acerca de Dios no dirían nada al hombre en estas condiciones, ni siquiera a los entendidos y menos aún a los sencillos. El hombre, pese a la tragedia de su caída, es una personalidad, y Dios también es persona, de modo que las relaciones, actuaciones y decisiones de los hombres podrán dar una idea, por limitada y defectuosa que sea, de la Persona y obras de Dios. De ahí surge la necesidad de emplear expresiones que se llaman “antropomórficas”, en las que los escritores hablan de Dios como si obrara y reaccionara como hombre. Es imposible la revelación sin este medio, pero, desde luego, al leer estas expresiones, hemos de pensar: “El escritor sagrado describe la obra de Dios como si actuara como hombre, pero nosotros estamos obligados a tener en cuenta que es preciso quitar de nuestra mente las imperfecciones y limitaciones de la parte humana, reteniendo sólo lo que pueda corresponder al Dios omnipotente y omnisciente”. Así evitamos penosas equivocaciones al leer pasajes como (**Gn 6:5-7**), en los que Dios “*ve*” lo que pasa en el mundo, “*se arrepiente de haber hecho al hombre*” y llega a la decisión de raer la raza de la faz de la tierra, con excepción hecha de Noé y su familia. Algo semejante tenemos en (**Gn 11:5**), al leer que “*descendió Jehová para ver la ciudad y la torre*” de Babel. Naturalmente, Dios, según se le revela en otras porciones de la Biblia, no necesita “*observar*” para saber lo que pasa en la tierra, ni “*descender*” para obrar, ni puede arrepentirse Aquel que todo lo ordena en su Providencia (**Nm 23:19**). Pero, ¿cómo podían expresarse estas ideas de la intervención divina sin el uso de expresiones antropomórficas que nos señalan todos los conceptos básicos acerca de Dios como si fuera por medio de ayudas audiovisuales? El punto de vista es el del observador humano, que es ayudado por el Espíritu al redactar su escrito de tal forma que pueda seguir adelante la revelación que Dios da de sí mismo. Esta revelación es consecuente y uniforme en todas las partes de la Biblia, pero, al meditar en el texto bíblico, hemos de entender bien la necesidad de que se emplearan lenguaje y giros comprensibles para toda suerte de hombre, desde los albores de la vida de la raza hasta nuestros tiempos.

La composición de la Biblia

Los dos Testamentos

Vemos en seguida que la Biblia se divide en dos “Testamentos”, de los cuales el primero expone la revelación de Dios con anterioridad al nacimiento del Mesías, y el segundo presenta la Persona y Obra del Hijo, con la doctrina apostólica que se basa sobre ellas. De hecho, el término “testamento” no es muy feliz, puesto que la voz latina “testamentum” quería traducir la griega “diathéké”, o sea, “Pacto”. En nuestros oídos “testamento” sugiere la idea de un instrumento legal que asegure un legado a los herederos de una persona difunta, mientras que “diathéké” quería decir el “acuerdo” o “contrato” que Dios, por su gracia, confirma con el hombre. Por “Viejo Pacto” se entendía el de Sinaí, que había de caducar con el fin de dar lugar al “Nuevo Pacto” sellado por la Sangre del Cordero. De hecho, el Antiguo Testamento también describe pactos de gracia, y señala hacia el Sacrificio del Calvario, abarcando mucho más que el pacto de obras de Sinaí. S. Agustín

dijo: “El Nuevo Pacto se halla latente en el Antiguo, y éste se hace patente en el Nuevo”. Los dos “Testamentos” no rompen la unidad de las Escrituras.

El Antiguo Testamento

Una introducción al plan de la redención (Génesis 1 a 11)

Sin un conocimiento, siquiera limitado, de la creación del mundo y del hombre, con la naturaleza y caída de éste y las consecuencias de la trágica crisis, no sería posible entender el plan de redención que empieza a detallarse con el llamamiento de Abraham. Este resumen se nos da en Génesis capítulos 1 a 11, y se emplea un lenguaje sencillo y flexible, maravillosamente adaptado al propósito de esta introducción.

La formación del pueblo de Israel (Génesis 12 hasta el fin de Josué)

La raza humana, aun después de la tremenda lección del Diluvio, se precipitó por los tenebrosos caminos de la idolatría. Dios escogió a Abraham, y le entrenó, con el fin de hacer de él el padre de la “nación-sierva” (Israel), formada con el propósito de recibir, guardar y transmitir la Palabra de Dios en medio de las naciones paganas, siendo también medio, en lo humano, de traer al mundo al Mesías. Al final de Josué vemos a Israel ya en Palestina, con la posibilidad de cumplir su misión. El gran caudillo y legislador del pueblo había sido Moisés.

Las fluctuaciones en el testimonio de Israel hasta establecerse el reino davídico (Jueces 2 a 2 Samuel 5)

Los israelitas (aparte los hombres piadosos del “Resto fiel”) no se hallaban siempre a la altura de su misión, y se desviaban frecuentemente hacia la idolatría, siendo castigados por sus desvaríos. Con todo, el libro de Rut revela una vida piadosa en los pueblos en Canaán, aun en los confusos tiempos de los jueces, con la conservación de mucho de lo que Dios les había concedido.

El reino davídico y la centralización del culto (2 Samuel 5 a 2 Reyes 25 y Crónicas)

Empezó una nueva era de testimonio cuando David subió al trono, ordenando la vida civil de la nación y centralizando el culto. El Templo fue edificado por Salomón. Israel se dividió en dos partes al ascender Roboam al trono, manteniéndose el testimonio principalmente en Judea, en el sur, bien que con muchas fluctuaciones. Por fin la apostasía de las dos partes del pueblo fue castigada por el destierro en tierras de Mesopotamia. A este período pertenece el ministerio de los profetas cuyos escritos se hallan comprendidos en nuestra Biblia entre Isaías y Sofonías. Los libros poéticos y de sabiduría, como géneros literarios, han de fecharse desde los reinados de David y de Salomón en adelante.

El retorno parcial del destierro (Esdras, Nehemías, Ester, Hageo, Zacarías y Malaquías)

Un resto del pueblo, mayormente los judíos, volvió a Palestina en las circunstancias descritas en los libros nombrados, restaurándose el culto en una escala limitada en Jerusalén. De allí arrancan las condiciones del pueblo tal como existían durante el ministerio del Señor Jesucristo. Los acontecimientos de los cuatro siglos desde Malaquías hasta el advenimiento del Mesías se narran parcialmente en algunos libros apócrifos, en las obras de Flavio Josefo, etc., pero no en los libros canónicos.

El Nuevo Testamento

Los cuatro Evangelios

Son los libros fundamentales del cristianismo, ya que sólo en ellos hallamos el retrato del Dios-Hombre, aspectos de su ministerio en la tierra, su muerte expiatoria y su resurrección corporal. El ministerio terrenal termina con la ascensión.

Los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas

Estos libros constituyen el fruto de la Obra de Cristo, describiendo Los Hechos el nacimiento y crecimiento de la Iglesia, lo que entraña el tema del descenso del Espíritu Santo, y las actividades de algunos apóstoles y sus ayudadores. Las Epístolas surgen de la labor apostólica, siendo dirigidas a iglesias locales o a individuos según exigían las circunstancias. Presentan la doctrina cristiana, además de las prácticas de las iglesias.

El Apocalipsis

El Apocalipsis constituye el digno fin de la Palabra de Dios escrita, llevándonos por medio de símbolos y profecías a la consumación de la obra de Dios en la tierra y en los cielos.

El canon de las Escrituras

“Canon”, en relación con la Biblia, indica la lista de libros que llegaron a considerarse como inspirados y autoritativos, incluyéndose en la Biblia. En el estudio anterior hemos adelantado los principios generales que determinaron esta selección, y no otra. En cuanto a los libros del Antiguo Testamento, tengamos en cuenta los datos siguientes: a) La autoridad profética fue generalmente reconocida en Israel, y directa o indirectamente esta autoridad se halla detrás de los libros canónicos. No está tan claro en Los Escritos, pero el valor inspirado de esta sección llegó a establecerse por la inteligencia espiritual de los judíos piadosos. b) La experiencia del pueblo de Dios discernía la autoridad de los libros inspirados y rechazaba aquellos que no evidenciaban el “soplo divino”. c) El Señor Jesucristo reconoció la autoridad de las tres partes del canon del Antiguo Testamento, según la distribución establecida en Israel: Libros de Moisés, Los Profetas (que incluyen los libros históricos) y Los Escritos (Salmos) (Véase Lc 24:27,44-45).

Ya hemos notado que Cristo preparó a los Apóstoles para su gran cometido de redactar el Nuevo Pacto. Durante los primeros siglos había eruditos e iglesias que dudaban de la autoridad inspirada de ciertos libros (se trata principalmente de 2 Pedro, Hebreos, Santiago y el Apocalipsis) por falta de datos que los relacionaran con la autoridad de los apóstoles, pero Ireneo (fin del siglo segundo) redactó una lista que, a todos los efectos, es idéntica a la de los libros de nuestro Nuevo Testamento. La “Iglesia” no formuló el canon, sino que reconoció lo que el Espíritu Santo había señalado ya por medio de los apóstoles y el sentido espiritual de los líderes cristianos durante los períodos apostólicos y subapostólicos.

Temas para meditar y recapacitar

- 1.- Discurra ampliamente sobre las razones que nos llevan a considerar que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. ¿Es igual decir “La Biblia contiene la Palabra de Dios”, como declarar que “la Biblia es la Palabra de Dios”?
- 2.- En vista de que la Biblia es una biblioteca divina, con 66 libros que pertenecen a diversos “géneros literarios”, y que fueron escritos por muchos autores de muy variada

personalidad y formación, criados en medios culturales diferentes, ¿cuáles son los factores que tenemos que tomar en cuenta antes de pensar que hemos llegado a interpretar bien los pasajes que tenemos delante en nuestros estudios?

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).